

EL ESPAÑOLISMO DE MARCO VALERIO MARCIAL

(Continuación.)

VI

A la edad de trece años, con muy amargo duelo de toda Roma,
muere Glaucias, liberto de Melior, delicia breve de su dueño:

*Castus moribus, innocens pudore
velox ingenio, decore felix.*

Estos dos versos parecen arrancados de una lauda cristiana.

Los pueriles miembros fríos son inhumados bajo un mármol yerto, junto a la vía Flaminia. ¡Ojalá quien lllore su ocaso temprano no tenga otros motivos de llorar! Dos veces la musa flébil de Marcial se postra sobre la tumba helada: la primera, para arrullarle con ternezas (1) casi maternas; la segunda, para elevarse a más fuertes pensamientos impregnados de filosófica melancolía que Manuel de Salinas interpretó en este grave soneto (2):

Esta pira que admiras erigida
no es de ningún plebeyo monumento
ni de esclavo infeliz que su avariento
dueño encerró en mazmorra foragida.
A Glaucias sella, prenda tan querida
cuanto digna en Melior de sentimiento,
por quien aun no capaz de entendimiento
gozó de libertad lo que de vida.
A lo hermoso en costumbres y en su cara
esto se dió y debió. ¿Quién más afable

(1) *Epigram.*, VI, 28.

(2) *Epigram.*, VI, 29.

y quién más lindo cuando al Sol vencía?
Breve es la edad y la vejez es rara
en prodigios. Si quieres sea durable
lo que amas, no te agrade en demasia.

El dístico disuelto en este postrer terceto no demasiado feliz se cita con frecuencia y merece serlo:

*Immodicis brevis est aetas et rara senectus.
Quidquid amas, cupias non placuisse nimis.*

Muere el célebre Escorpo, auriga, gloria del circo, breve aplauso y breve encanto del pueblo de Roma. Envidiosa la Parca se lo lleva cuando aún no contaba seis lustros, porque con bien explicable error, al contar sus muchos triunfos circenses, la Parca le creyó viejo (1). Marcial canta esta muerte precoz con estro pindárico:

¡ Oh, rompa la Victoria desolada
sus palmas idumeas! Hiere, hiere,
oh Favor, sin piedad tu nudo pecho!
Honor, reviste luctuosa veste!
Oh Gloria, lanza al fuego las coronas
que ciñen tu cabello! Oh qué gran crimen!
Y vas a uncir con tan ligera planta
del Tártaro los negros pisadores!
Por qué con tanta rapidez pasaste
la meta de tu vida, cual tu carro
los límites del circo rebasaba? (2).

El auriga Escorpo, que tantas veces conquistó el lauro vencedor en la cuadriga rauda, y que tan pronto fué a uncir los tartáreos caballos negros, es hermano de aquel Eutiques, auriga tarraconense, muerto mucho más tempranamente, a los veintidós años, y en cuya boca purpúrea, que Libitina heló con su beso frío, pone un anónimo poeta español una nenia lúgubre más hermosa, más grave y más triste que el epitafio de Marcial a Escorpo:

—En este sepulcro descansan los huesos del recio auriga, diestro en torcer las riendas con su mano. Yo que fuí osado de montar y gobernar la cuadriga violenta, no pude impedir que me llevara arrastrado el tiro de los caballos infernales. Envidiaron mis años los hados crueles; los hados a los cuales no se pueden oponer manos ningunas. Ni a mí, tan próximo a morir, fuéme concedida la gloria del circo, para que no me diera sus lágrimas

(1) *Epigram.*, X, 53.

(2) *Epigram.*, X, 50.

la piadosa concurrencia. Fiebres ardientes quemaron mis entrañas, que las manos de los médicos no pudieron extinguir. Esparce, te suplico, ¡oh caminante!, sobre mis cenizas, flores con tus manos. Acaso en vida ellas me aplaudieron.”

Para Escorpo Marcial implora lágrimas; Eutiques, para sí, como Hamlet para Ofelia, con infinita melancolía, mendiga flores (1).

(1) Este bellissimo *carmen* epigráfico puede leerse en la lápida romana existente en el patio del palacio arzobispal de Tarragona. No resisto a la tentación de copiarlo:

*Hoc rudis aurigae requiescunt ossa sepulchro
nec tamen ignari flectere lora manu.
Iam qui quadriungos auderem scandere currus
et tamen a biungis non removerer equis.
Invidere meis annis crudelia fata,
fata quibus nequeas opposuisse manus.
Nec mihi concessa est morituro gloria circi
donaret lacrimas ne turba pia mihi.
Ussere ardentis intus mea viscera morbi,
vincere quos medicae non potuere manus.
Sparge, precor, flores supra mea busta viator;
favisti vivo forsitan ipse mihi.*

Lo trae Hubner, *Inscriptiones Hispaniae Latinae*, núm. 4314. Fué descubierta en el siglo XVI, en el huerto del arzobispo Antonio Agustín que tanto merecía este favor de la suerte por su amor a la clásica antigüedad y más aún por haber enriquecido el Parnaso castellano con la estrofa sáfica, tan juvenil y tan linda, tan graciosa con su túnica corta: *tunica velata recincta*, y tan pura, nerviosa y leve como el pie desnudo de una musa.

En el verano del año 1933, en las excavaciones que se hacen en el lugar del emplazamiento de la ciudad romana de *Pollentia* (Alcudia, isla de Mallorca), se descubrió el epitafio de un malogrado *pancracista* romano-baleárico, Corelio Atico, en rotundos versos latinos, que indican el grado de romanización de la *Balearis Major* en el reinado de Septimio Severo, a cuya época (193-211) parece que por determinados caracteres epigráficos puede atribuírse la inscripción. Habría entonces en la isla de los honderos que sojuzgó Metelo, *el Baleárico*, algún oscuro Marcial que lloraba así a los púgiles caídos:

*Hic jacet infelix fato deceptus iniquo
Solitus adsiduís durare membra palaestris
Arte quoque signi sui placuitque frequenter
Qui terra fruge creatus et igne ac fumo crematus
Jam nihil existis nisi quod superfuit igni
Ossa atque cinis jacent sub tegmine saxi.*

Quiere decir:

“Engañado por un hado inicuo aquí yace el infortunado garzón que asíduo en la palestra endureció sus miembros y con la destreza de su pro-

Marco Aquilio Régulo, rico abogado, cuya fortuna comenzada en la corte de Nerón se acreció considerablemente bajo el reino de Domiciano, buen amigo y protector de Marcial, con quien más adelante acaso contraigamos más estrecha conosciencia; tiene un hijo, y ved cómo el poeta, agradecido, halaga al padre en el generoso niño:

Cómo el hijo de Régulo, ese niño
que no cumplió tres años todavía
loa a su padre, cuando hablar le escucha!
¡Oh, cómo al verle deja de su madre
el dulce seno y siente que la gloria
de su progenitor es también suya!
Ya del pueblo el clamor, los centumvros
la multitud, que al tribunal asiste
y el templo del dios Julio le deleitan!
Tal el retoño de corcel fogoso
ama de noble polvo las oleadas;
tal el becerro de novicia frente
anhela los combates. ¡Oh deidades,
velad, velad, os ruego, por el niño
de un padre y de una madre vivas ansias!
¡Oh, que Régulo escúchele algún día
y que a los dos los pueda oír la madre!

Es bello y justo el símil y delicadísima la deprecación final:

*Acris equi soboles magno sic pulvere gaudet;
Sic vitulus molli praelia fronte cupit.
Di, servate, precor matri sua vota patrique;
audiat ut natum Regulus, illa duos (1).*

Sobre la tumba del pantomimo Paris esparce Marcial estos lirios tronchados:

“Quienquiera que seas, caminante, que huellas la vía Flaminia, no pases allende de este noble mármol. Las delicias de la Urbe, las sales del Nilo, la venustad y el arte, el placer y los juegos, el decoro de Roma, el dolor del teatro, todas las Gracias y todos los Amores, enterrados con Paris están en este sepulcro (2).”

fesión entusiasmó al pueblo con frecuencia. Hijo de la tierra frugífera, quemado al fuego y al humo ya nada queda de tí, sino lo que perdonó la llama. Huesos y ceniza reposan al abrigo de esta peña.” Creo que vale la pena de registrar en el *Boletín de la Academia Española* este *specimen* único de poesía romano-baleárica, mientras se suma al *Corpus Inscriptionum Hispaniae Latinae*, donde tiene su natural cabida.

(1) *Epigram.*, VI, 38. Víctor Suárez interpretó.

(2) *Epigram.*, XI, 13.

¡Qué desconcertante gran poeta es Marcial! Leer tales y tan limpios primores en sus páginas que fueron la gaceta del escándalo y el eco de las cloacas. Cómo tenía muchísima razón al escribir:

*Sunt chartae mihi quas Catonis uxor
et quas horribiles legant Sabinæ (1).*

“Tengo poemas yo para ser leídos por la mujer de Catón y por las recatadas Sabinas.” Y aun cuando hurgaba en el estercolero, a veces atinaba con preciosas margaritas. Tiene un lindísimo poemita dedicado a Diadumeno, cuya única labre repugnantisísima consiste en que no se llame Diadumena. Sólo el sexo es el pecador en este idilio impecable. El divino Fernando de Herrera, en un caso igual, tradujo por Ligurina el Ligurino a quien Horacio consagró una de sus más lindas odas, el primoroso camafeo, que es el poemita que comienza:

Crudelis adhuc et Veneris numeribus potens (2).

El exquisito epigrama de Marcial halló un traductor exquisito:

Apretados besos quiero
Diadumeno, y me preguntas
cuántos; mas las ondas juntas
del mar contaré primero,

Y caracoles y almejas
que en su arena, el mar Egeo
esparce y el Cecropeo
monte vagantes abejas.

Que voces y manos cuente
con que el teatro ensordece
la turba, cuando aparece
César en él de repente.

No quiero los que rogada
Lesbia a Catulo presenta,
que el que los reduce o cuenta
de pocos beso se agrada.

Pauca cupit (basia) qui numerare potest (3).

Delicadísimo es el epitalamio que dedicó Marcial al matrimonio de Pudente y de Claudia Peregrina, enderezado a Rufo:

(1) *Epigram.*, XI, 15.

(2) Horat. *Carm.*, IV, 16.

(3) Traducción anónima. *Epigram.*, VI, 34.

Oh Rufo, Claudia Peregrina casa
 con mi amigo Pudente. Oh Himeneo,
 redobla el esplendor de tus antorchas!
 Tal es la unión preciosa del cinamo
 y nardo; tal la afortunada mezcla
 de la miel del Himeto con el vino
 de Masica. La cepa jovencilla
 con más amor al olmo no se adhiere,
 ni el loto más anhela sitios húmedos
 ni el mirto las riberas. ¡Oh Concordia,
 conserva siempre cándido su lecho
 nupcial! Que Venus les dispense siempre
 favores; que la esposa ame al esposo
 aun hasta cuando a senectud llegare;
 y que su esposa, que como él ofensas
 del tiempo ha de sufrir, jamás descubra
 que los años la acosan y envejecen.

No quiero privar a mis lectores de algunos bellísimos versos del original:

*Tam bene rara suo miscentur cinnama nardo
 Massica Theseis tam bene vina favis.
 Nec melius teneris junguntur vitibus ulmi
 nec plus lotos aquas, littora myrtus amat.
 Condida perpetuo reside, Concordia, lecto
 tamque pari semper sit Venus aequa jugo.
 Diligat illa senem quondam: sed et ipsa marito
 Tunc quoque cum fuerit non videatur anus (1).*

Este epitalamio de Marcial compite en delicadezas con el lindísimo y celeberrimo de Cátulo *In nuptias Juliae et Manlii*, y tiene una casta y solemne gravedad de que carece el bullicioso y gentil y un sí es no es apicarado y procaz modelo. Es la severa institución romana del matrimonio y no una batalla de amor en campos de pluma, ni aquellos juegos, delicias y facecias que promete a Sulpicia y a Caleno, lo que ahora canta la leve musa de Marcial que aquí se ha puesto tan seria; y tiene no sé qué de aquella unción con que la liturgia consagraba ya entonces los primeros matrimonios cristianos en la sacra intimidad de las Catacumbas. No solamente por la coincidencia de los nombres, sino por el espíritu con que se unieron Pudente Nardo y Claudia Peregrina, pueden hacer verisímil la afirmación de que estos dos personajes son aquellos cuyos saludos, desde Roma, transmite San Pablo a su discípulo Timoteo: *Salutant te Eubulus et Pudens et*

(1) *Epigram.*, IV, 13.

Linus et Claudia et fratres omnes (1). Acaso la circunstancia de su cristianismo, de aquel *bonus odor Christi Iesu*, que olió el fino instinto de Marcial, impuso un laudable comedimiento a su jovenca musa, liviana en demasía.

La religión romana habíase esforzado (y lo había conseguido en parte) en dar al matrimonio más solemnidad y más estabilidad. Antes de casarse, los esposos ofrecían un sacrificio conjuntamente, porque no está permitido, dice Servio, iniciar el cultivo de un campo ni contraer matrimonio sin una previa invocación de los dioses (2). El día de la tornaboda, la esposa debía ofrecer un sacrificio en la mansión de su marido; era una manera de tomar posesión de ella y de hacerse grata a los dioses de su nueva familia. Este aparato religioso daba al matrimonio un carácter sagrado. Era natural que contraído con tal solemnidad, no pudiese ser roto demasiado a la ligera. La religión tendía a hacerlo indisoluble. El verdadero matrimonio religioso (*confarreatio*: ofrenda común del pan en faz del sacerdote) prácticamente lo convertía en indisoluble. ¿Entre Pudente y Claudia habría mediado la *confarreatio* eucarística, la ofrenda y comunión de un solo Pan y la participación en un mismo Cáliz, ratificada por la bendición de lo Alto? La religión romana veía con disgusto las segundas nupcias, para las que se mostraron tan severos algunos Padres de la Iglesia. En muchos cultos, las sacerdotisas eran escogidas exclusivamente entre las mujeres que sólo una vez se habían casado; y sólo éstas tenían derecho a ir a orar en el altar del Pudor y de ofrecer coronas en el templo de *Fortuna muliebris* o de la vieja diosa *Mater matuta* (3). De ahí vino que la opinión hizo un título de honor a las mujeres de no haber tenido más que un solo marido, y de ello se les da el parabién con frecuencia en sus epitafios. De este género es el de Marcial: *Epitaphium nobilis matronae* (4).

“Chico mármol es este que lees, caminante; pero no cede en nada a la tumba de Mausolo ni a la robusta alteza de las Pirámides. Mi vida contempló dos veces los Juegos seculares y ninguna pérdida tuve antes de llegar a la suprema pira. Cinco hijos me dió Juno y otras tantas doncellas: y todos ellos cerraron mis

(1) *Timoth.*, II, 4, 21.

(2) Servio, *Eneid.*, III, 136.

(3) Tertuliano, *De monogamia*, 17; *De exhortatione castitatis*, 13.

(4) *Epigram.*, X, 63.

ojos con sus manos. Tocóle a mi tálamo una gloria muy rara; mi pudor no conoció más que a un solo marido (1).”

Este que acabamos de leer es el epitafio de una mujer casada *univira*, como dicen las inscripciones paganas; *unius viri uxor*, que dice San Pablo, que en esta cualidad ponen una gran recomendación de la virtud de una mujer.

Una pareja como la de Pudente y Claudia, fieles a sus deberes austeros y en cuyo casto lecho durmió la Concordia, debieron formar los padres de Rabirio, arquitecto de Domiciano, para cuyo sepulcro dictó Marcial este epitafio, monumento de amor tierno y de bien interpretada piedad filial:

“Quienquiera seas tú, que a tus padres desees apacible vida y hados tardíos, lee con amor el breve título de este mármol. Rabirio encerró en este sepulcro a dos sombras amadas. Ningunos otros ancianos duermen en más sabroso sosiego. Apacible la eterna noche cerró sesenta años de tálamo común; y en una sola pira ardieron los dos cadáveres. Y Rabirio, no obstante, los llora como si se le hubiesen sido arrebatados en edad temprana: nada puede haber más injusto que este planto (2).”

Parece que Marcial se mantuvo soltero durante sus años romanos, que fueron treinta y cuatro, y que no tuvo más unión regular (si es que la tuvo, cosa muy dudosa) que con una dama española, viuda ya y rica, Marcela de nombre, natural de Bilibilis, cuando derrotado y en los arrabales de la vejez, tornó sus días postreros a los riscos patrios y a su salvaje cuna; no obstante, por algunos de sus epigramas podría creerse lo contrario; como, por ejemplo, aquel en que dice que quiere que su mujer sea de día una Lucrecia y una Lais de noche (3), y aquel otro que va bajo el título *De Cleopatra uxore* (4). Este epigrama reproduce una linda y un poco picaresca escena conyugal en el baño, que tuvo la fortuna de hallar en un traductor anónimo una bella interpretación, llena de agilidad y donaire, que mereciera ser de Lope de Vega, que gustaba de esconder los conceptos poéticos

(1) Lo curioso del epitafio es la ingenua desvergüenza con que la sombra de esta mujer, perfecta casada y madre ejemplar, hace el elogio de su castidad conyugal. ¿Era esto la *romana simplicitas*? ¿Era ésta la franqueza romana?

(2) *Epigram.*, X, 71.

(3) *Epigram.*, XI, 104.

(4) *Epigram.*, IV, 22.

en el agua clara movida o en una transparente *sombra textil* para decirlo con una imagen de Marcial:

Cleopatra, el dueño mío,
la primer noche pasada
antes de estar aplacada,
con un honesto desvío
enriqueció el claro río
y fingiendo, se desví
de mi dulce compañía:
el agua que la calaba
más patente la mostraba
por lo que resplandecía.

Blanca azucena olorosa
tal en el vidrio aparece,
y el limpio cristal ofrece
así la encarnada rosa.
Con silencio mi amorosa
pasión llegó ocultamente
donde en lucha diligente
gocé sus claveles rojos;
mas, los últimos despojos
vedó el agua transparente.

*Insilui; mersusque vadis luctantia carpsi
basia: perspicuae plus vetuistis aquae.*

Este bello rasgo final parece moderno. Pero mucho más moderno y romántico enteramente es este galante epigrama a Lesbia:

*Arctoa de gente comam tibi, Lesbia, misi;
ut scires, quanto sit tua flava magis (1).*

“De las partidas del Arctos (2) te envié esta madeja de cabellos, porque vieses cuánto más rubios son los tuyos.”

Pero acaso la perla de todos los dísticos de Marcial es aquel deliciosísimo epigrama de una galantería enteramente desconocida de la clásica antigüedad, y que empezó a asomar en la decadencia, y que sorprende y satisface nuestra sensibilidad de hombres modernos:

*Intactas quare mittis mihi, Polla, coronas?
A te vexatas malo tenere rosas (3).*

(1) *Epigram.*, V, 68.

(2) Arctos, la Osa. De la Germania seguramente, situada hacia el septentrión.

(3) *Epigram.*, XI, 89. La delicadeza y la exquisita brevedad de este epigrama ha tentado a muchos traductores. Iriarte lo interpretó así:

“¿Por qué me envías, Pola, las guirnaldas intactas? Ajudas por ti prefiriera tener las rosas.”

VII

En la gaceta de la vida cotidiana de Roma, que es el epigramatario de Marcial, un nombre ilustre brilla por omisión, por una tenaz omisión deliberada: el nombre del poeta Estacio. Marcial, que en la crónica de sucesos de su vivaz diario registró los nombres de tantos poetas perversos y de tantos malos poetas adulados, comenzando por el del propio Emperador, *Señor de las nueve Musas*; de Estela, que sembraba en sus versos tantas imágenes como sortijas lucía en sus dedos; del más grande de todos los poetas contemporáneos, Juvenal, a quien dedicó loores y envió nueces de su finca Nomentana..., calla siempre, concienzudamente, el nombre del autor de la *Tebaida*, si bien denuncian que le conocía y le leía y le malquería ciertas dentelladas oblicuas con que agredió la obra ambiciosa y brillante del joven poeta napolitano.

Y era imposible que no se conocieran: captaban los mismos favores, cortejaban a los mismos personajes, se encontraban en los mismos temas, mendigaban las mismas concesiones; en algunas de ellas, como una burocrática concesión de agua que Marcial solicitó, con las solicitudes que él usaba, es, a saber, la musa ras-

¿Por qué de nadie tocadas
tu amor guirnaldas me envía?
Más quisiera, Pola mía,
rosas de tu mano ajudas.

Pedro de Quirós imitó este dístico, alterando un poco con adornos viciosos la aseada y noble simplicidad del modelo:

Aunque fué sumo el favor
de los jazmines nevados
si vinieran más ajudados
hubiera sido mayor.
Vengan, pues, menos ufanos
otra vez, mi serafín,
pues afrentar el jazmín
es tan propio de tus manos.

Poesías divinas y humanas, de Pedro de Quirós, religioso de los Clérigos regulares de la ciudad de Sevilla. Sevilla, 1887, XLI.

trera y pedigüeña, parece que lo que no consiguió con su por-dioso para su casita de Roma y su finca suburbana, consiguiólo Estacio, con dignidad mayor, para su quinta de las inmediaciones de Alba. Acaso este éxito aumentó la ingénita antipatía de ambos poetas, a cada uno de los cuales se les podía antojar que se quitaba de su propia gloria aquella parte que se atribuía al otro rival. Y estos dos hombres que afectaban ignorarse y recataban en un silencio estudiado y cauto el nombre del otro, que era su preocupación, ofrecían a los mismos poderosos su poesía de clientes y ejercían el mismo oficio de mendigos inspirados que ponían a sueldo el propio numen. Marcial, con su jocunda musa goliardesca, que hartas veces recuerda el desenfado y la soltura del Arcipreste de Hita, evoca un poco aquellos poetas andariegos medievales, de aquellos juglares que se invitaban a todas las mesas donde se les veía con mucho gusto, pero donde se les tenía en escasa estima. A Estacio preservóle de semejante degradación la naturaleza misma de su talento poético, que tendía siempre a lo patético y a lo enfático y solemne, y el sentimiento de su propia dignidad personal y un concepto más alto de la poesía. Estacio era, poéticamente, mucho más español que Marcial.

Es muy hacedero el parangón entre los dos rivales cuando coinciden en los mismos temas. Parece que los personajes cuya protección solicitaban y a cuyo mandado escribían sobre sujetos obligados, divertíanse en ver luchar a los dos poetas antagonistas, que correspondían a su cometido con la radical diversidad de su temperamento poético. En Estacio, muy fácilmente, los pequeños sucesos familiares se convierten en epopeyas domésticas. En Marcial son pequeñas escenas vivas, escritas en el viento y en el agua rápida. Ambos a dos cantan las bodas de Estela y de Violantila, a quien Marcial llama con el nombre griego de Yántida. Diez dísticos dedica el poeta bilbilitano al fausto acontecimiento; el poeta napolitano le consagra doscientos veintisiete hexámetros. El poemita de Marcial es un lindísimo juguete erótico, a la manera de Anacreonte, breve e inquieto como una abeja, con miel y con aguijón. Estacio ejecuta a gran orquesta un imponente epitalamio, una marcha nupcial wagneriana, perdonad el anacronismo, en loor de su venturoso cofrade. Dice Marcial:

“Al unir para siempre a Yántida con el poeta Estela, la leda Venus le ha dicho a éste: “No te puedo dar más.” Esto le ha

dicho en presencia de su esposa y dueña; pero, maliciosamente y a hurto, desliza en sus oídos: "Tú, empedernido galán, no vayas a caer en culpa. Yo misma, furibunda, hube de zurrar con mi correa al gran corrido de Marte cuando devaneaba antes de nuestra unión legítima; pero desde que es mío, con ninguna otra mujer me ha inferido ultraje. Marido tan fiel ya lo quisiera para sí Juno." Dice y hiere el pecho de Estela con su místico cinturón. ¡Sabrosa herida! Pero, tú, diosa, hiere también con tu cinturón a Yántida (1)."

A este breve camafeo, labrado con tan malicioso primor, opone Estacio una ambiciosa y brillante pintura mural, que recuerda el fuego y la incontinenencia del pincel de un Tintoretto o de un Rubens desatándose en una catarata de colores:

*Ergo dies aderat Parcarum conditus albo
vellere, quo Stellae Violantillaeque professus
clamaretur Hymen...*

Con lana blanca hilaron las Parcas el día de la boda de Estela y de Violantila, al decir del poeta, que anega el suceso normal en una triunfante invasión de fría mitología.

Llegan a aturdir aquel suelto raudal de imágenes más ambiciosas que grandiosas y los chirridos de la enorme máquina épica que Estacio pone en movimiento. Es de sospechar que el canto del poeta napolitano debió satisfacer más a los novios, a quienes engrandeció hasta la fábula, y más si es cierto que eran parejas las musas de Estela y de Estacio: ambos de Arcadia:

*Tecum similes junctaeque Camaenae
Stella, mihi; multumque pares bacchamur ad aras
et sociam doctis haurimus ab amnibus undam.*

A Violantila la equiparó en belleza con Dafne, que enloqueció a Apolo; con Dánae, que hizo descender a su seno resuelto en lluvia de oro al propio Júpiter. Loanzas tales, a pesar de su desmesura, las agradece una mujer, y más si es novia, toda su vida. A Estela le hizo par de los poetas sumos; par de Orfeo, que ensordecó las riberas del Hebro tracio con el nombre de su robada Eurídice, no de otra manera que Estela, enamorado vate, al tiempo de su noviazgo, hacía resonar toda la ciudad de Roma

(1) *Epigram.*, VI, 21.

con el nombre de su Violantila, disimulada bajo el nombre más poético de Asteris :

*Asteris et vati totam cantata per urbem;
Asteris ante dapes, nocte Asteris, Asteris ortu.*

La celeberrima Roma desplegóse toda sobre el camino que debían seguir los novios. Y todos los compañeros de las Musas y todos los ministros del trípode fueron invitados a cantar aquel dichoso día. Aquel día; porque la noche sólo podía cantarla el propio Estela, el marido :

Hic fuit ille dies; noctem canat ipse maritus (1).

Este es, a grandes rasgos, el epitalamio de Estacio, desplegado en hexámetros suntuosos.

Marcial y Estacio también, ambos a dos, cantaron las lágrimas de Claudio Etrusco. En Marcial son avaras y dignas; en Estacio discurren en vena irrestañable. Las de Marcial caben en una fiola irisada y tenue, en un piadoso lacrimatorio familiar; las de Estacio piden las holgadas márgenes de un río disipado y vago. Marcial las encierra en ocho dísticos; Estacio las suelta licenciosamente, en doscientos diez y seis hexámetros. En las lágrimas de Marcial hay más sal que agua; en las de Estacio hay muchísima más agua que sal.

El motivo de la poética contienda era éste. A la edad de noventa años murió Claudio Etrusco. Tiempo tuvo de conocer la ira y la indulgencia de Domiciano, quien en su ancianidad le desterró a la Campania y en su decrepitud le llamó de nuevo. Su hijo le lloró con duelo muy amargo y, cosa rara en un hijo, dice Estacio, sus luengos días le parecieron breves y se le antojó que las Parcas, hermanas aborrecibles, se habían dado en hilar prisa demasiada. Su sombra descendió al Leteo, cubierta con los besos de su hijo (2). Felizmente, un traductor anónimo encerró en ágiles redondillas el sobrio llanto de Marcial, bajo el título *Epitafio del padre de Etrusco* :

Aquí yace el que vivió
siempre en el palacio augusto
y el tiempo, con pecho justo,
de Claudio y Nerón gozó.

(1) Statii, *Sylvae*, I, 2.

(2) Stat., *Sylvae*, III, 3.

Junto a su consorte moza
de los hijos la piedad
puso en esta soledad
y hoy el campo Elisio goza.

Ella feneció robada
en su verde juventud
y él hizo en la senectud
de noventa años jornada.

Pero quien, Etrusco, viere
que tu llanto se apresura,
no creará su edad madura
pensando que mozo muere (1).

Marcial y Estacio, que habían cantado el duelo, cantaron también, haciéndoles reclamo comercial con su celebridad de poetas, los baños públicos que abrió Claudio Etrusco (2).

Marcial, muchísimo más que Estacio, siempre rozagante y difuso, tenía el sentido de lo escultural y plástico. Harto se echa de ver esta cualidad en las poesías que ambos rivales consagraron a una deliciosa esculturita de Lisipo, que el amigo de ambos, Nonio Vindex, tenía sobre la mesa de su comedor y que representaba a Hércules. Parece que esta estatuilla había pertenecido a Alejandro Magno, a Aníbal, a Sila. Estacio le consagra ciento nueve hexámetros de poesía sonora y errabunda (3). Marcial, catorce versos de poesías plástica y ceñida:

El que descansa sobre aqueste mármol
y con piel de león su reciedumbre
mitiga, dios magnánimo en mezquina
forma de bronce, que tornado el rostro
a la azulada esfera, mira al cielo
que ha sostenido en su robusta espalda
y que en su mano diestra nos ofrece
una pesada maza y en la izquierda
una ancha copa, no es de nuestros días
famoso objeto ni tampoco gloria
de nuestro pueblo; fué regalo noble
y es obra de la mano de Lisipo.
Un tiempo ha figurado aquesta imagen
adornando la mesa del tirano
de Pela, que sepulto fué al momento
en la tierra que al yugo sujetara.

(1) Mart., *Epigram.*, VII, 40.

(2) Stat., *Sylvae*, I, 5, y Mart., *Epigram.*, VI, 43.

(3) Stat., *Sylvae*, IV, 6.

Aníbal, siendo joven, la ofreciera
 en voto a los altares de la Libia;
 es ella la que a Sila ha persuadido
 a que abdicara su poder horrendo.
 Odiando la soberbia de las cortes
 y el orgullo y pavor que en ellas reina
 se aplace en ocupar la dulce estancia
 de modesto y sencillo ciudadano;
 y como un tiempo fué querido huésped
 del plácido Molorco, así desea
 ser hoy el dios del erudito Vindex (1).

Marcial y Estacio cantaron, asimismo, en competencia el *genetliacon* del poeta Lucano. Acaso porque el genio poético de Lucano, que escribió con tanto énfasis y con tanto énfasis vivió y murió, fuera pariente propincuo del numen de Estacio; he de decir que en esta competencia el poeta napolitano vence al poeta celtibérico. En este poema de Estacio hay un vibrante y desaforado elogio de nuestra Bética y de sus hombres:

*Felix heu nimis, et beata tellus
 quae pronos Hyperionis meatus
 summis Oceani vides in undis
 stridoremque rotae cadentis audis:
 quae Tritonide fertiles Athenas
 unctis, Baetica, provocas trapetis!
 Lucanum potes imputare terris;
 hoc plus quam Senecam dedisse mundo
 aut dulcem generasse Gallionem.
 Attollat refluos in astra fontes
 Graio nobilior Melete Baetis.
 Baetim, Mantua, provocare noli...*

Esta poesía se encabrita generosamente como un corcel andaluz y tiene músculos y nervio. Recorre Estacio la brillante carrera poética de Lucano, desde que en sus ensayos pueriles cantó el descendimiento a los infiernos en su *Catacthonion*, vigoroso poema que le abrió la morada del bátratro en una edad en que el propio Virgilio sólo tenía aliento para cantar a su *Mosquito* (*Culex*) y le rindieron vasallaje la ruda musa del fiero Ennio y el arduo furor del docto Lucrecio:

*Ac primum, teneris adhuc in annis
 ludas Hectora, Thessalosque currus
 et supplex Priami potentis aurum.
 Tu sedes reserabis inferorum...*

(1) *Epigram.*, IX, 44. Victor Suárez Capalleja, intérprete.

Singular vigor, sombrío centelleo (que recuerda al Dante perdidido por la selva salvaje; al Dante, digo, que tanto amaba a Estacio y que le resucita a par de Virgilio y que habla por su grande voz), y claro-oscuro como aquel con que Rembrandt amasaba sus visiones profundas, tiene la recia apóstrofe que cierra como un candado de hierro este poema robusto:

“Pero tú, Lucano, ora llevado por la rauda rotación del cielo, empinado sobre el carro de la Fama en que se encumbran las grandes almas, desdeñes el suelo y te rías de los sepulcros; ora admitido merecidamente en las amenas moradas del Elíseo, goces de la paz en el apartamiento y soledumbre de algún bosque, acompañado de los caudillos de Farsalia y seguido de los Catones y de los Pompeyos, a quien atraen tus nobles acordes; ora sagrado y soberbio en tu gran sombra ignores el Tártaro y escuches el lejano chasquido de los azotes vengativos y contemples a la otra banda de la ribera a Nerón, pálido al reflejo de la linterna de su madre...” Esto último es lo dantesco; éstas son las tintas del pintor de las tinieblas:

*Seu magna sacer et superbus umbra
nescis Tartaron et procul nocentum
audis verbera, pallidumque visa
matris lampade respicis Neronem,
adsis lucidus...*

“Tú, Lucano, ven envuelto en una lumbrarada de luz, y a la invocación de Pola (1), pide un solo día de libertad a los númenes de las sombras silenciosas. Sus puertas no son inexorables y suelen abrirse a los esposos píos que van a reunirse con sus esposas:

*Solet hoc patere limen
ad nuptas redeuntibus maritis.*

Delicada y oportuna alusión al trance de Eurídice y Orfeo y a su liberación efímera.

Noble viudez y soledad sagrada la de Pola Argentaria, que si hemos de creer al testimonio de Sidonio Apolinar, era capaz de ayudar a su marido en sus épicas empresas. El contacto con el gran poeta la había casi santificado. Perseveró adusta y triste, con la sombría majestad que tiene una encina tocada por el fuego del cielo. Pola Argentaria continuó viuda, digna e igual, rodea-

(1) Pola Argentaria, viuda de Lucano.

da de respetos y de homenajes, asociada a la creciente veneración de su marido.

*Tu, Polla, maritum
saepe colas et se sentiat ipse coli* (1)

le dice Marcial, en esta ocasión vencido por Estacio, que supo hallar en sí una vena súbita de entusiasmo y supo tocar sus labios con un carbón encendido:

*Procul hinc abite, mortes;
haec vitae genitalis est origo:
Cedat luctus atrox, genisque manent
jam dulces lacrimae; dolorque festus
quidquid flaverat aute, nunc adoret.*

“¡Lejos de aquí, imagen espantosa de la muerte! Este es el comienzo de una vida nueva. ¡Lejos el luto lúgubre! ¡Sean dulces las lágrimas que bañan las mejillas y festivo el dolor, adore ya lo que llorara antes!”

No abundan en Estacio estos raptos de poesía vehemente, cálida, colorida y sincera; y por esto me he detenido, con delectación morosa, que linda ya con el pecado, en este bello poema compuesto a la mayor gloria de uno de los grandes poetas españoles: Marco Anneo Lucano.

En otra ocasión, aun de mayor compromiso, encontráronse que habían de luchar los dos árcades rivales: el poeta de Parthenope y el poeta de Bilibis. Earino, eunuco y copero de Domiciano, había cortado sus cabellos, y a imitación de Berenice, la reina de Egipto, cantada por Calímaco y por Catulo, que hizo ofrenda a Venus de la riquísima mies que cortó la tijera votiva, este mancebo, favorito del Emperador, fué a ofrecer la garba de seda al templo de Esculapio, en Pérgamo. Nuestro Marcial había intentado celebrar el nombre de Earino, que parece hecho para cantar en un verso cadencioso. Pero este nombre melodioso, de quien pudo decir el poeta francés (2):

*S'il est un nom bien doux fait pour la poesie,
oh, dites n'est-ce pas, le nom de La Voultzie?*

este nombre, digo, no cabe en un verso latino, y Marcial, que veneraba musas muy rígidas, hubo de renunciar a incluirle en él;

(1) *Epigram.*, VII, 22.

(2) Hegessippe Moréan, *La Voultzie*.

pero con qué delicadísimos circunloquios insinúa este bello nombre inadmisibile:

Nombre nacido con fragantes rosas
y tiernas violetas; nombre dulce
que designa del año la más bella
estación; tú que exhalas los aromas
del Híbla y de las flores de la Hélade;
nombre tan bien oliente como el nido
del orgulloso Fénix; más suave
que el néctar celestial y que quisieran
hasta el amante mismo de Cibeles
y el que brinda la copa al rey del trueno;
nombre al cual los Amores y las Gracias
responden, cuando suenas ante el César:
oh nombre dulce, delicado, noble,
cuán grande es mi deseo de ingerirte
en elegante, numeroso verso... (1).

Y con una feliz insistencia recalca Marcial en el mismo tema del nombre cerril que el verso no puede domar:

Tienes por nombre un nombre que designa
del año la estación más grata y dulce,
a la fugaz y amable primavera,
que ve libar el polen de las flores
del Atica a la abeja susurrante;
un nombre que merece ser escrito
con una flecha del Amor; un nombre
que Venus Citerea se complace
en bordar con su aguja; nombre hermoso
cuyas letras debieran ser formadas
con perlas de Eritrea, o con succino
por mano de las Héliadas tomado;
un nombre que las grullas voladoras
debieran dibujar bajo los astros
remontándolo al cielo... (2).

Ambos poetas áulicos, que querían congraciarse con Domiciano, en la persona de su copero, cantaron el sacrificio que hizo de su cabellera Earino, enviándola a Pérgamo, juntamente con su espejo. También esta vez Estacio parece llevarse la palma. Marcial dirige a Esculapio una súplica religiosa:

Oh venerable nieto de Latona,
que con auxilio de sagradas hierbas
conjuras de las Parcas los rigores
y los rápidos husos con que tejen

(1) *Epigram.*, IX, 11.

(2) *Epigram.*, IX, 13.

el estambre vital; un niño hermoso
de los que en Roma tienes, te tributa
el homenaje de sus trenzas blondas...
Ha unido a la venusta cabellera
que a ti consagra, el brillador espejo
en donde contemplaba dibujada
con toda exactitud su faz hermosa.
Sus gracias juveniles hora guárdale
a fin de que no sea menos lindo
cortadas sus guedejas, que en el tiempo
en que profusa cabellera había (1).

Este epigrama devoto es desmayado. No era la devoción el fuerte de Marcial. Su rival, más afortunado, en cambio, compuso un lindo idilio, cuyos versos tibios, de una táctil suavidad, matorosos como una seda viva, discurren blandamente a través de apacibles escenas que sonríen (2). Estacio, esta vez, *omne tulit punctum*.

Pocas veces Estacio estuvo tan feliz y tan infeliz su contrincante como en esta alta ocasión. Poéticamente eran dos antípodas aquellos dos mendigos de los mismos favores. Según parece, Estacio se llevó la mejor parte. Marcial, ya en el declivio de sus años, estaba derrotado y despechado. Estacio era joven y optimista y atesoraba en su pecho la esperanza rica. Y hasta en su propia patria el poeta bilbilitano tuvo menos fortuna que el vate partenopeo. Mientras que Marcial se ha quedado casi intraducido, Estacio ha tenido la suerte de ver cantada su *Tebaida* por el robusto y sonoro acento de Juan de Arjona, de quien dice Lope de Vega:

Nuevo Apolo granadino,
pluma heroica, soberana,
alma de Estacio latino,
que con tu voz castellana
haces su canto divino...

De ningún intérprete de Marcial pudiera decir otro tanto. De la fruta vedada sólo algunos ingenios agudos y sutiles mordieron lo más inocuo y sabroso; pero de esta obligada abstinencia no puede culparse a nadie, sino a Marcial mismo, que espantó a lectores y a traductores.

La sorda lucha entre Estacio y Marcial, que les llevó a la conspiración recíproca del silencio, era, no ya solamente una lu-

(1) *Epigram.*, IX, 17. Víctor Suárez, interpretólo.

(2) *Stat., Sylvae*, III, 4.

cha de conveniencias, sino también una lucha de vanidades. Ambos creían haber atinado con su propio camino; Marcial muy contento con su popularidad: *Teritur noster ubique liber* (1); Estacio muy orondo con su fama y con sus consagraciones oficiales: *Chalcidicae cerealia dona coronae* (2); Marcial ufano con su plebeyo borceguí; Estacio satisfecho con su majestuoso coturno; Marcial orgulloso de su caramillo agreste; Estacio engrdeído hasta el cielo con su trompa épica; Estacio con la vanidad de su *Tebaida*, en que vació mucho aliento, mucho viento y doce años; Marcial con la satisfacción de sus libritos descosidos, escritos al día, rociados de copiosa sal romana.

Y, no obstante, Marcial que envuelve a Estacio en una tan calculada preterición, con otros poetas que no tenían la estatura del brillante autor de la *Tebaida* y de las *Silvas*, es generoso hasta el despilfarro. Puede decirse que sola su mención los redimió del olvido. Dos bellos versos muy merecidos consagra Marcial a Persio, el puro predicador del estoicismo, más apreciado por su pequeño libro satírico que Marzo por su ponderoso poema épico, la *Amazónida*:

*Saepius in libro numeratur Persius uno
quam levis in tota Marsus Amazonide* (3).

Muéstrase Marcial muy finamente agradecido a Cirrinio por su exquisita cortesía literaria:

“Si tú dieras, Cirrinio, al público tus epigramas, pudieras hacerle leer tanto y aun más que yo; pero eres tan respetuoso por nuestra vieja amistad, que mi nombradía te es más cara que la tuya propia. De esta misma manera Virgilio no quiso ensayarse en el género escogido por Horacio, el poeta lírico de Calabria, aunque poseyera el arte de sobrepujar las odas de Píndaro, y dejó a Vario la gloria del coturno romano, aun cuando podía hablar más reciamente con acento trágico. Oro, bienes, campos, muchos amigos te los darán; pero quien se resigne a sacrificar su propia gloria, tú no vas a encontrarlo sino muy raramente:

*Aurum et opes et rura frequens donabit amicus:
qui velit ingenio cedere rarus erit* (4).

(1) *Epigram.*, VIII, 3.

(2) *Stat.*, *Sylvae*, V, 3, 225: la corona de espigas ganada por él en las fiestas *Augustales* de Nápoles, el año 30 de nuestra era, y la corona de olivo de oro, obtenida, el año 34 en el concurso poético de Alba, instituido por Domiciano: *Sylvae*, III, 5; IV, 2.

(3) *Epigram.*, IV, 29.

(4) *Epigram.*, VIII, 18.

Empapado de cariño sincero y húmedo de indulgencia risueña se nos muestra Marcial en el epigrama que dedica a Canio, el abogado gaditano, poeta intermitente, encantador de Sirenas, invulnerable en su optimismo sonoro de risas. Marcial comienza el poemita de veintiún versos, que es de los más extensos que escribiera, invocando con una gracia sin fin, de una de las musas más entonadas y solemnes, Clío, sin duda, el épico aliento que a la postre se resuelve en un gracejo saladísimo y en una risa estrepitosa:

Cuéntame, Musa, lo que en esta hora
 hace mi dulce amigo Canio Rufo.
 ¿Confía a sus tablillas inmortales
 los legendarios hechos de los Claudios
 o refuta tal vez el mentiroso
 historiador del Neroniano reino?
 ¿Quizás compone apólogos agudos
 con Fedro, el malicioso en competencia?
 ¿Elegías tal vez enamoradas?
 ¿Algún severo y épico poema?
 ¿De Sófocles tal vez calza el coturno
 pomposo? ¿O va como hombre sin quehaceres
 a recitar sus versos de sal ática
 ante otros vates, y después respira
 del templo santo de Isis bajo el pórtico
 o el de los Argonautas lento huella?
 ¿Se encontrará tal vez en los amenos
 bosquecillos, gozando de la sombra
 de los box, dulcemente calentados,
 por el sol, cabe el pórtico de Europa
 adonde por la tarde habrá corrido
 a sentarse y pasear de cuitas libre?
 ¿En las termas de Tito, en las de Agripa
 o en los baños de obsceno Tigelino
 se bañará tal vez? ¿En la campiña
 se encontrará de Tulo o de Lucano
 o de Polión, de Roma separada
 por cuatro millas? ¿O, por fin, salido
 de Bayas a las aguas, los estanques
 de Lucrino atraviesa perezoso? (1)

A esta letanía de majestuosas incógnitas contesta la regocijada musa de Marcial haciendo resonar el juvenil argento de su risa:

—¿Quieres saber qué hace tu Canio? ¡Ríe!

(1) *Epigram.*, VII, 69. Es un poco desleída esta interpretación de Suárez Cápalleja.

Y este mismo Canio, compatriocio suyo, hijo de la aseada Gades, ya entonces *Señorita del mar*, e hijo de la fortuna, es, asimismo, afortunado en amores. Avizora un lúcido casamiento. Teófila se llama su prometida, que le trae en dote la ateniense sabiduría. Dejemos que sea Marcial quien nos la presente y nos haga su cumplido elogio:

¡Hete, Canio, a Teófila que ha sido
a ti en dulce nudo prometida,
cuyo talento encuéntrase adornado
con los tesoros de las letras griegas!
Con gran razón pudiera, cual discípula,
reivindicarla el venerable viejo
que de Academo enseña en los jardines
y con igual premura la adoptara
la muchedumbre rígida de estoicos.
Vivirá cualquier obra que a su juicio
hayas de someter ¡tanto esa joven
supera al vulgo ya su propio sexo!...
La amante Safo prodigara elogios
a los rotundos versos de Teófila:
que fué más casta que ella y fué más sabia (1).

A Único, excelente y tímido poeta, de España también, que no quiere abandonar, por excesiva prudencia, el agua mansa del seguro puerto, anímale Marcial con un delicado y afectuoso epigrama:

“Único, que llevas un nombre que unen al mío los lazos de la sangre y un corazón gemelo empapado en idéntica simpatía; por más que compones versos que sólo ceden la palma a los que compone tu hermano, no le eres segundo en aliento y le aventajas en ternura: Lesbía pudiera amarte a par de su gentil Catulo; y la blanda Corina pudiera seguirte después de Nasón. Si quisieras abrir a los vientos tu velamen, no te faltarán céfiros; pero tú amas la orilla. También esto lo tienes de tu hermano (2).”

En medio de la turba astrosa de poetas irredentos y hambrientos, que en los días romanos de Marcial pululaban en la Urbe, destacábase un gran señor de la poesía, Silio Itálico, el cual (¡oh, paradoja picante que es extraño que no aguzara Marcial!) murió de inedia; de hambre voluntaria, como es de suponer. Un absceso incurable que le salió (*Erat illi natus insana-*

(1) *Épigram.*, III, 20.

(2) *Épigram.*, XII, 44.

bilis clavus) (1) le causó el invencible tedio de una vida que para él sólo había tenido satisfacciones. Adquirió gloria en el gobierno proconsular de Asia. Mantuvo su rango entre los más grandes personajes de Roma, sin envidia y sin querella; y por un retiro lleno de elegancia y de dignidad, siguiendo el consejo de los años, se acogió a vivir sus últimos días en sus magníficas posesiones de la Campania. Tenía la pasión de lo bello, y se le tachaba de *emacidad* o desordenado afecto por la compra, pues por una conjunción feliz, corrían parejas sus dineros y su *filocalia*, amor de lo bello. En sus soberbias residencias (en el clima clemente de la Campania tenía muchas) reunió gran muchedumbre de libros, de estatuas, de pinturas, que no solamente amaba, sino que también veneraba. Virgilio era su devoción mayor y celebraba su día natalicio con más solemnidad que el suyo propio; en Nápoles, singularmente, acercábase a su sepulcro como a un templo. En esta magnífica bienandanza y en este noble y ornado ocio vivió hasta los setenta y cinco años, componiendo poemas con más aliño que ingenio. Como era de complexión más delicada que enfermiza, guardaba con frecuencia la cama y sus habitaciones siempre, donde no le abandonaba jamás la buena compañía. Hasta la profundidad de este venerable asilo hizo llegar la musa de nuestro Marcial el inquieto revuelo de su falda aleve y el loco chasquido de sus castañuelas gaditanas. Lo hizo con todo comedimiento y con entera dignidad y no manchó sus labios con ninguna suerte de pordioseo:

¡Oh Silio, timbre del Castalio coro
 que a grandes rasgos pintas los perjurios
 del bárbaro furor y las perfidias
 de Aníbal! Tú que obligas al liviano
 cartaginés que ceda al alto brío
 de ilustres Escipiones, tú abandona
 por un momento tu actitud severa
 en el mes de diciembre en que los juegos
 nos convidan a todos sus alegres
 acasos y percute por doquiera
 el rumor de bocinas caprichosas
 y el victimario juega con falsía;
 en fin, en estas horas favorables
 y mucho, a los placeres de las Musas,
 no leas, no, severo, sí, indulgente
 mis obras que —verás—, el cuño llevan

(1) Plinio el Joven, *Epist.*, III, 7.

de malicia y un tanto de alegría.
 En tal guisa quizá Catulo tierno
 osó mandar al inclito Virgilio
 el pájaro de Lesbía que cantara (1).

Silio Itálico, en un raptó de aquella famosa *emaciudad* que le conocemos y del amor arqueológico que sentía por las sagradas vetusteces, había comprado en el Pausílipo el campo en donde se erguía la tumba de Virgilio, a la cual se acercaba como a un altar, y en donde veneraba religiosamente su memoria, y había, asimismo, adquirido una *villa* que perteneciera a Cicerón. Marcial, muy delicadamente, celebró la exquisita piedad del poeta magnífico con este epigrama moderadamente lisonjero e infinitamente hábil, digno de la Antología griega:

*Silius haec magni celebrat monimenta Maronis
 iugera facundi qui Ciceronis habet.
 Heredem dominumque sui tumulive Iarive
 non alium mallet nec Maro nec Cicero (2).*

“Silio honra con religiosas ceremonias este monumento del gran Virgilio; él, que ya posee el dominio del facundo Cicerón. Heredero y dueño de su sepulcro y de su lar, no hubieran preferido a otro ni Marón ni Marco Tulio.” El culto de Virgilio estaba decaído, desiertas sus cenizas y su nombre casi olvidado; un labriego poseía el mustio camposanto; este aldeano era el único que mantenía la vieja devoción, pero era pobre. Silio creyó que era deber suyo acorrer a la sombra amada; el fué quien llevó a sus aras frías fuego nuevo y recientes guirnaldas de blando almoraduj:

*Iam prope desertos cineres et sancta Maronis
 nomina qui coleret pauper et unus erat.
 Silius optatae succurrere censuit umbrae,
 Silius et vatem, non minor ipse, colit (3).*

Y, por fin, Marcial en un robusto epigrama resume el brillante *cursus honorum* de Silio Itálico, hasta que, cuerdamente,

(1) *Epigram.*, IV, 14. Víctor Suárez Capalleja, intérprete. Los dos versos finales: *Sic forsam tener ausus est Catullus Magno mittere Passerem Maroni*, contienen una alusión halagüeña, pero anacrónica, al poema segundo de Catulo. Virgilio era un oscuro adolescente cuando Valerio Catulo murió.

(2) *Epigram.*, XI, 48.

(3) *Epigram.*, XI, 49.

después de haber gozado de la fortuna con seso consagró a Febo y a las Musas sus años colmados de merecimientos :

Emeritos Musis et Phoebus tradidit annos.

Dice así la versión hecha por Suárez Capalleja, traductor diligente y forzado de todos los numerosísimos epigramas en que nadie antes que él había hincado el diente :

Tú que lees las obras inmortales
de Silio el inmortal y sus poesías
que dignas son de la romana toga,
¿piensas tal vez que el vate nunca ha amado
sino los sitios, gozo de las Musas,
y coronas de hiedra entretreídas
de vírgenes de Aonia? Antes que usara
del divino Virgilio el gran coturno
con brillantez siguiera la carrera
de Cicerón ilustre. Todavía
los centunviros de pesada lanza
le admiran y muchísimos clientes
con gratitud elogian sus talentos.
Después de haber, bajo las doce haces
a Roma gobernado en aquel año,
de memoria inmortal, que distinguióse
por haber dado libertad al mundo,
los días consagró de su retiro
a Febo y a las Musas, y su foro
es hoy el Helicón de que fué gloria (1).

No cuesta mucho adivinar que la poesía del autor de las *Gueras púnicas* (2) no podía ser del gusto de Marcial, que con tanta virulencia la atacaba en otros. Acaso porque Silio Itálico se envolvió en el broquel diamantino de tanta dignidad, el jabalí de Celtiberia le perdonó la fiera colmillada; o porque de sus magníficas manos esperaba recibir algo, tradujo en loores mesurados, según era la desmesura en la adulación de aquellos tiempos, lo que tal vez hubiera sido arañazo o quemazón. Marcial no se envileció mendigando, ni Silio Itálico se vendió a las lisonjas oprobiosas.

LORENZO RIBER.

(Continuará.)

(1) *Epigram.*, VII, 63.

(2) *Punica* y no *De Bello púnico* es el título del vasto poema de Silio Itálico.